

II

ELVIRA, la maestra, acaba de colgar sobre la puerta de la escuela una cartulina roja con varios dibujos hechos en papel. Son dibujos de los niños. Dibujos a lápiz, casi todos. Algunos, a pluma. Otros, al pastel y unos pocos, acuarela. Son todos cuadros inocentes, candorosos, tiernos. Paisajes de mar, con muchos pájaros y barcos absurdos. Hay también animales. Perros, gatos, loros y extraños ejemplares de una fauna misteriosa creada por la fantasía de los dibujantes y por su rudimentaria técnica. Pero Elvira está contenta, como lo están los niños y los padres que vienen a verlos.

La entrada de la escuela está adornada con motivo de la exposición. Hay guirnaldas de papel rizado, banderolas y unas cintas de color en torno de los mapas. América del Norte. América del Sur. El istmo centroamericano. La República de Panamá. Son mapas un poco viejos y mal hechos, con fronteras arbitrarias; pero bastan, por ahora, para iniciar a los niños en los perfiles de la patria.

Elvira está contenta. Es maestra, y eso le agrada mucho. Además, es maestra en Panamá; en la capital. A Elvira le gusta ser maestra porque es joven todavía, está sana y siente gran devoción por los niños. Hay algunas sombras en Elvira, por su hermana Alicia, que se divorció hace tiempo y es amiga de algunos políticos. Pero ahora que acaba de colgar la cartulina roja a la entrada de la escuela, no se acuerda de eso. Elvira está contenta, porque ha logrado un nuevo alumno. Lo vió delante de ella contemplando absorto los dibujos; callado, quieto, circunspecto.

—¿Te gustan?

—Sí, maestra.

—¿Eres de aquí?

—De aquí, cerca...

—¿A qué escuela vas?

—No voy a ninguna.

—¿Cuántos años tienes?

—Siete... ocho... no sé bien. Creo que ocho.

—¿No sabes? ¿Cómo te llamas?

—Yeyo.

—¿Yeyo? Yeyo... ¿qué?

—Yeyo. Nada más.

La maestra está un poco perpleja y la curiosidad la excita a proseguir el diálogo.

—Pero... no entiendo... Tus padres... ¿dónde están? ¿Quiénes son? ¿Dónde me dijiste que vivías?

Yeyo tarda en contestar. Le gusta la maestra. Tiene dientes muy bonitos, los ojos carmelos y el cabello negro, brillante y un poco rizado. La maestra tiene una cadena al cuello con varias medallas, y en una de las manos hay manchas de tinta. Yeyo baja la cabeza y busca las respuestas. Concentra la mirada en los zapatos blancos que calza la maestra y en sus

propios pies; pero las palabras no se forman. Surge el gesto, entonces. Se encoje de hombros y sonríe.

—¿Quieres venir a mi escuela? Podemos matricularte. ¿Dónde vive tu mamá? ¿Cómo se llama?

El niño mira los dibujos y acentúa la sonrisa.

—Vivo... aquí cerca. Mi mamá se llama Rosa. Mi papá es Pancho, el de la chiva, el de "La Chiricana".

Elvira, la maestra, no comprende la falta de apellidos y vuelve a preguntar.

—Pero, tu mamá... ¿Cómo se llama?

—Rosa. Rosa Suárez.

—¿Y tú...? Entonces, tú eres... Yeyo... Suárez.

—No, maestra... Es que Rosa... no es mi mamá de veras. Vivo allí con ella y Pancho, y las niñas.

—¿Tu papá es Pancho, entonces...?

—No, maestra. Pancho no es mi papá. Vivo con ellos.

Yeyo siente una ingrata sensación al hablar de estas cosas por primera vez y le parece que descubre ante sí mismo una nueva realidad desconocida. Hay un pequeño poso de amargura; muy pequeño; imperceptible, casi, al decir su orfandad, y por un instante se olvida de los dibujos y de la maestra. Quisiera marchar; correr y perderse por el laberinto de los callejones, de los patios, de los oscuros zaguanes, donde nadie le pregunta nada y no se habla de estas cosas de los padres. Pero la maestra le acaricia la cabeza. Una mano de Elvira, una mano pequeña y manchada de tinta, se hunde un poco en el cabello corto, duro y áspero del niño y Yeyo eleva una mirada limpia para recibir el comentario.

—No importa. No te preocupes. Vamos a matricularte, si quieres, y vienes a clase.

—Bueno, maestra.

—Pero... Yeyo no es bastante nombre. Tenemos que ponerte un nombre, para el boletín y esas cosas. Podemos llamarte... Ignacio. ¿No te gusta?

Yeyo vuelve a sonreír. Está contento. La mano de la maestra vuelve a acariciarle la ca-

beza, una cabeza que nadie acaricia, y el niño siente que la gratitud le corre por la espalda. Es como un chorrillo tibio que cayera por la nuca abajo; algo dulce y agradable, sentido por primera vez. Va a tener un nombre, como los demás. Y una madrina, aunque él no sabe qué es eso. Va a tener un nombre, y le preguntan si le gusta. Tiene suerte. Los demás niños tienen nombre desde chicos y nadie les preguntó. A Yeyo, Ignacio, le parece raro. Ignacio se llama el español de la cantina; un narigón muy alto y de mal genio, que siempre lee novelas. Pero no lo dice. También él crecerá y entonces podrá llamarse Ignacio, de verdad. Porque Ignacio es nombre para hombres.

Elvira, la maestra, empuja suavemente a Yeyo a través del pasillo que conduce al aula. Del cajón de la mesa saca un libro y, con una pluma escribe algo. Se interrumpe, porque se ha vuelto a manchar de tinta.

—Ignacio... ¿qué? Ignacio Suárez... ¿quieres?

Yeyo teme contestar que no. No quiere contrariar a la maestra, que sigue sonriendo; pero, sin saber por qué, le parece que llamarse Suárez es como robar el apellido de Rosa. Y Rosa no lo sabe.

—No, maestra. Suárez... no. Otro.

—Rodríguez, pues. O Jiménez. Yo me llamo Jiménez. ¿Te gusta más? Te ponemos Jiménez.

Jiménez suena bien, y es el apellido de la maestra. Rosa no podrá enojarse, si se entera, y Pancho tampoco. Yeyo quiere ir a la escuela todos los días y mirar a la maestra y mirar los dibujos y los mapas y sentarse en las bancas. Tal vez algún día pueda dibujar también aquellos barcos y sentir de nuevo en la cabeza la caricia que tanto le gustó. Para todo eso hay que llamarse Ignacio. Ignacio Jiménez, y él se llama así.

Yeyo vuelve hacia la calle precediendo a Elvira. Llena de sol y de calor, de carros, de chivas y de ruido, le deslumbra un instante con su violenta claridad. Pasa gente apresurada. Una niña con hielo envuelto en un periódico mojado. Una vieja arrastrando de la mano a un muchacho que sangra por las rodillas y que llora a gritos por temor a la paliza; una carretilla de naranjas, piñas y botellas con nance; un negro en camiseta azul; otro negro; una cholita de rostro abultado; un guardia; dos gringas; la gente del barrio.

—Mañana, vienes... a las ocho. No te olvides.

—No, maestra. Hasta mañana.

Yeyo corre hacia su casa para decirle pronto a Rosa su alegría. Se lo dirá a Víctor también, si lo encuentra por allí, por donde lava carros. Pero Rosa está a medio vestir haciendo la comida y parece muy malhumorada. El niño pequeño duerme, como siempre, en la cama revuelta, y la niña mayor llora en un rincón rasándose. La otra, sentada en el suelo, con las piernas entre los barrotes de la barandilla, se chupa los dedos contemplando el patio.

—¿Dónde estabas? Apúrate. Vete a buscar una libra de manteca. Dile al hombre que le pagarás después... mañana.

Yeyo no se mueve. Mira a Rosa. Despeinada, con los pies en las rotas chinelas, un desgarrón en el vestido sucio y el sudor por el rostro y el escote, que enjuga con el dorso de la mano y gesto de contrariedad.

—Estaba en la escuela... con la maestra. Me matriculé... Voy a ir desde mañana.

Rosa le mira un momento. No ha entendido

bien y el calor del día y de la estufa la sofocan. Por eso tiene un brillo de cólera en los ojos.

—¿Vas a ir desde mañana...? ¿A dónde?

—A la escuela. Estuve con la maestra y...

—Está bien, pues. ¡Pero apúrate con la manteca! ¡Ya te dije! ¡No te quedes ahí parado!

Rosa vuelve a pasarse la mano por el rostro y el escote. La retira mojada de sudor y la limpia en el vestido frotándose la cadera. Con brusco ademán y frente arrugada se recoge el cabello y sigue dando vueltas al plátano que se asa en la paila. Cuando Yeyo se dirige a la escalera, Rosa se impacienta por el llanto de la niña y la increpa violenta.

—¡Vaina de chiquilla! ¡Cállate ya!

La niña arrecia el lloro por el susto y con sus manos inciertas trata de rascarse el vientre, donde tiene unos nacidos que la mortifican mucho. Pero Rosa no se acuerda de eso. Rosa sólo se da cuenta ahora de que hay mucho calor en el patio; de que el plátano no acaba de asar y de que necesita la manteca para hacer arroz. Arroz, frijoles y plátano. Los frijoles ya están hechos; pero hoy no habrá car-

ne. La plata se fue en chances. Tres pedazos del noventa y dos y uno del doce. Eso fué lo que le dijo "La Pichona", porque había soñado con velas y con un entierro, y ella sabe de eso. No hay plata en la casa, y Rosa se desespera. Le gusta Pancho, y le quiere. Es trabajador, es serio y siempre la ha tratado bien. Pero ella pudo haber sido maestra. Todo fué en aquellas vacaciones, en el pueblo, cuando quedó encinta y no pudo volver a la Normal. La hubieran expulsado. Y el niño nació muerto. El hombre, un blanco joven, la trajo a la capital con muchas promesas en un carro amarillo, y a los pocos meses la dejó plantada. Después, en casa de la tía, ayudándola en la tienda que tenía en el Chorrillo, hasta que en el toldo, Pancho la invitó a bailar. Pancho era moreno y fuerte y tenía varios billetes. Le brindó unos whiskys y luego la llevó a comer con una amiga. Al día siguiente fueron al Balboa y después, todo fué fácil. El le dijo que tenía que cuidar un niño y que buscaría un cuarto. Al poco tiempo vinieron para aquí con Yeyo. Y nació la niña, y otra más, y luego un niño, que ahora tiene siete meses. Cuando hay plata, Rosa está alegre y se viste para ir al cine, o a tomar helados, que le gustan mucho. Cuando

no hay dinero, ni para los chances, siempre está de mal humor. El calor de la estufa, el calor del patio; suciedad, miseria, mugre. Y las cucarachas, siempre. Si hubiera sido maestra...

Del patio, calcinado por el sol, sube el bochorno y un clamor confuso. Elvia, la epiléptica, está con otro ataque, y las vecinas la rodean mirándola en el suelo, estremecida. Rosa se asoma a la baranda y advierte el grupo que se está formando. Algunos niños corren hacia allá, atraídos por el espectáculo.

Con paso apresurado y grandes trancos aparece Chana, la mamá, haldeando. Sabe que nada puede hacer, y que al dejar al borde de la calle la lata de chicheme y los fritos de pescado le pueden robar algo fácilmente. Pero Elvia es su hija y tiene que ayudarla, al menos para que no se hiera la cabeza al pegar contra el suelo cuando se agita con convulsiones. Detrás de Chana camina, despacio, Felisa, la modista gorda, con sus nalgas enormes, prominentes y temblonas. Por último Chon, la lavandera, que arrastra los pies cubiertos de llagas y Carmen, "La Pichona", con su bata clara floreada y el cabello en moños, con profusión de lazos de color.

Rosa percibe el olor acre de algo que se que-
ma en el vecindario, pero no sabe el origen y
sigue contemplando el patio. Los niños, de-
cepcionados por falta de novedad, se empujan
y golpean volviendo a su trajín de siempre.
Cuando la gente se dispersa, quedan Chana y
“La Pichona” con la enferma. La pusieron en
la cama y ensayan un sobijo. Yeyo acaba de
llegar con la manteca y Rosa vuelve al cuarto
para espulgar el arroz. Si hubiera sido maes-
tra...

* *

Pancho come una empanada y sigue en el vo-
lante con su grupo heterogéneo de pasajeros y
carga. Botellas de kerosín, pedazos de hielo, la-
tas, cajas y paquetes. A través de Calidonia
va subiendo gente. Hay que apresurarse; ade-
lantar a los que van despacio, sin quitar el ojo
de la acera. Estar atento a los semáforos y a
los muchos peatones que cruzan las calles cuan-
do les parece, a las otras chivas, y a los auto-
buses, que llenan la vía en hileras largas de
gritos, de bulla y de bocinazos.

—¡Pueblo! ¡Pueblo!

La chiva sale hacia el Casino y empieza a
correr por Vía España. Un frenazo de pron-

to, y luego otro. Una señal, imperceptible para quien no sea chivero, le anuncia la presencia de dos pasajeras. La chiva está llena y la primera en subir vacila un poco en el estribo. Pancho mira hacia el espejo, y ordena cortés.

—Por favor, apriétense. Hay sitio bastante.

El ruego de Pancho es obedecido sin protesta por la masa oscura y silenciosa que ocupa la chiva. En una de las bancas se hace un claro y las dos pasajeras se acomodan con trabajo sobre la tablilla del asiento forrada con carpeta. Dos competidores se han adelantado a Pancho y éste arranca velozmente. La sacudida empuja a una de las recién llegadas contra el flanco robusto de una jamaicana de senos levantados y muy grandes que, asentada firmemente, permanece inmóvil sin que sus anchas narices parezcan percibir el grajo.

Dos paradas más. Bajan un hombre y una vieja. Pancho hurga en la bolsa de hule que cuelga al lado del timón para buscar el cambio y sigue, siempre atento a las personas que bordean la calle. Juan Franco. Nada. Más allá, sí hay nuevos pasajeros. La chiva llega a Pueblo Nuevo y Pancho se prepara para regresar. Cuenta su dinero. Muy poco, todavía. No

alcanza siquiera para pagar el día al hindú, dueño de la chiva. De la cantina cercana sale Martínez, chivero, como Pancho, y arrendatario del culí, como él. Martínez se acerca, siempre con ganas de hablar.

—¿Qué hubo? ¿No te bajas a tomar una fría?

—No puedo. No tengo tiempo.

Pancho maniobra en los cambios y hace ruido con el acelerador para poner término al diálogo. Pero Martínez es persistente.

—¿Cómo te va hoy? Yo llevo varios días fregado.

—Mal.

—Debíamos hacer algo de nuevo. Lo de la huelga fracasó, tú sabes bien por qué.

—Nada hay que hacer. Bueno... Me voy. ¿No sigues?

La chiva de Pancho vuelve al pavimento y parte vacía. Por el camino van subiendo algunos pasajeros. Como siempre. Unos suben y otros bajan. Un real cada uno. La bolsita de hule aumenta poco a poco su caudal.

A la entrada de San Francisco está parado Celso, el camarero, esperando chiva, o bus.

—Qué hubo, pues.

—¿Ya terminaste?

—Debí haber salido mucho antes; pero el relevo no llegó hasta ahora.

—¿Te fue bien?

Celso hace un guiño malicioso, que acompaña a la respuesta.

—Ahí... Regular.

Pancho mira a su interlocutor, reflejado en el espejo.

—¿Sigues con tus... trucos?

—A veces. Hay que hacerlo. El sueldo es nada, y las propinas.. Bah... A veces.

—¿Nunca te pescaron...?

—Ya lo ves que no. Hay que saber hacerlo. Claro; no le vas a meter unos tiquetes a los que han tomado poco. Pero, cuando están en fuego... Es como anoche... Llegaron unos tipos que venían de una fiesta. Todos estaban bien jumados... hasta ellas. Ahí comieron y estuvieron chupando y gastando níqueles en el tocadiscos. Les metí varios tiquetes, claro está. No se dieron cuenta... Si van a botar la plata, qué carajo más les da...

Celso se siente satisfecho de sus habilidades y le gusta pregonarlas ante los amigos de confianza, como Pancho, tan callado y serio, tan decente siempre. Luego, subraya.

—Hay que vivir. Qué vaina es esa.

Algunos pasajeros de la chiva, atentos al diálogo, sonríen complacidos por el relato de Celso. Aquella sonrisa es un gesto de solidaridad que une a los pobres.

Atento al hablar del camarero, Pancho se distrae unos momentos del deber y deja dos clientes que esperaban a la entrada de “El Panamá” con el brazo en alto y actitud impaciente. Celso se dió cuenta porque en aquel momento miraba hacia el hotel con la esperanza puesta en sus salones. ¿Por qué no? Era listo y sabía trabajar mejor que los chombos. Había aprendido muchas cosas en la vida. Su infancia, en el Chorrillo, dura y pobre. Luego, de muchacho ya, empleado en el Matadero. Olor a estiércol, permanente; el mugido de las reses; la sangre de los animales recién sacrificados que colgaban de los ganchos, abiertos en canal, con sus entrañas todavía estremecidas y blancuzcas. Desnudo y descalzo, sin más ropa que un pequeño pantalón, Celso manejaba las mangueras

de limpieza y ayudaba a destazar. Más tarde empezó a salir en el camión de los repartos, y un día se empleó con Don Benito en el Mercado.

Gordo y sudoroso siempre, con varias sortijas y fumando puros, Don Benito había logrado conservar muy buena clientela. Recibía encargos por teléfono y procuraba cumplir debidamente. “Dos libras de rincón y una de costillas”. “Un filete de seis libras”. “Tres de carne para picar”. Y así, un día y otro día. Muy temprano, en la mañana, tenía Celso que estar ya con sus cuchillos afilados y la pesa lista. Primero llegaban los clientes grandes. Carne para los Parados, para los restaurantes, para las pensiones. Hígado, lengua y sesos, a veces, y mucho mondongo. Después llegaban las sirvientas y las cocineras con sus listas, o comprando de memoria. Gran bullicio en la mañana. Bajo el alto techo del Mercado se agitaba una marea de cabezas sofocadas cargando bolsas y paquetes, de los que desbordaban las verduras, el pescado y las naranjas. Cerca ya del medio día, cumplidas las ocho horas, Celso terminaba su labor y caminaba por la calle Salripuedes con sus tenderetes en la acera, sus ferreterías, sus tiendas de abarrotes y su cons-

tante bullicio. Las chivas, los carretilleros, los camiones. Un día, Don Benito le propuso trabajar para él en la cantina que acababa de comprar. Era una cantina en Pueblo Nuevo. Mostrador de mosaico, varias mesas muy mugrientas y una máquina de tocar discos. Dos puertas con mampara al frente y otra a un lado, protegida con una celosía. En la estantería, lo de costumbre. Unas botellas de chianti colgadas boca abajo, ya llenas de polvo, y el seco, el ron, el whisky, la ginebra. También los tragos dulces. El anís, la menta y esas cosas. Una gran nevera para la cerveza y un espejo. Y la pequeña pizarra para tener apuntados los números de la lotería. Celso se acostumbró pronto. Mucha gente los sábados y los domingos, y algunas veces tambor. Los días de la semana, menos; dominó y poca cerveza. Pero Don Benito estaba satisfecho de la caja y decidió comprar otra cantina. Allí se inició Celso en las estafas. Dos tragos de más cobrados a un borracho, que pagaba sin vacilación. Algunos protestaban, pero Celso se ponía muy serio y siempre terminaba teniendo la razón. Un día, Manolo, el del "Venecia" le dijo que en el "Jardín del Mar" necesitaban uno para el turno de noche. Por la tarde fue a hablar con el dueño y

quedó contratado. Se lo dijo a Don Benito al día siguiente, y un sábado empezó a trabajar en San Francisco. Hasta ahora. Celso está satisfecho, pues hay meses que gana más de doscientos balboas. Tiene ahorrados mil quinientos y va a hacer una casa. Un día estuvo hablando con Manolo, que le informó de un terrenito que vendían barato. Y el Seguro Social presta la plata. Así podrá salir del cuarto aquel y llevarse a Olga y al chiquillo a una casa grande y limpia, con un poco de yerba alrededor y algunos árboles. Celso es hombre de proyectos. Ahora está contento en el "Jardín del Mar", pero más tarde... Más tarde, "El Panamá", con uno de aquellos uniformes blanco y verde que ha visto a los camareros.

* *

La chiva se ha detenido varias veces y rueda ahora, más despacio, por la congestionada Calidonia. Asfalto negro, gente negra, ropas negras. ¿Por qué le gustará tanto a los jamaicanos vestirse de oscuro? Las mujeres, con sombrero siempre. Y ellos, los viejos, sobre todo, enfundados en trajes azules y hasta negros, con corbata, y casi nunca destocados. Pancho no puede explicarse esta extraña inclinación por la

ropa oscura; pero no le da importancia. Son chombos, piensa; son gente distinta. Pancho ignora muchas cosas y lo sabe. Se conforma con lo elemental. Trabajar. Conducir la chiva con mucho cuidado, porque las reparaciones son siempre a su costa, y ganar la plata necesaria para pagar al hindú. Para el hindú y para la casa. Para la renta, para la luz, para la comida, para los chances, para las medicinas, para el cine algunas veces, para... para... Menos mal que Yeyo le ayuda bastante. Pancho se alegra de haberlo recogido, pequeñito y triste, como era, cuando se murió Delfina. Delfina... ya lejos en la memoria; una sombra, apenas. Era una buena chica. Callada, humilde, silenciosa, y muy trabajadora. Y tan enferma. Pancho no lo sabía. No sabía nada cuando la vió por vez primera cerca del taller aquel de carros donde trabajaba. En el taller de Johnson.

También Pancho se desliza, a veces, por la suave pendiente del recuerdo. Niño, allá en Dolega. La escuela, la maestra, el cura, el tren. Son imágenes confusas y vagas, como el paisaje verde de los campos y la silueta constante del cerro lejano, cuando cae tierno y blando el bajareque frío. Pero Pancho sí recuerda bien cuando un día cayó de un caballo; cuando su

tío se hirió un pie con un hacha mientras cortaba leña, y cuando murió su hermana. También recuerda muy bien cuando fue a vivir a Concepción con el tío, que se había quedado cojo al rebanarse varios dedos con el hacha, y cuando empezó a trabajar en la bomba de gasolina. Eran aquellos días felices. En algunas ocasiones bajaba hasta David en el camión de la madera que tenía el señor suizo, dueño de la fonda, o subía hasta El Hato, o hasta Cerro Punta en la chiva de Nicasio "El Tuerto". En la bomba llenaba los tanques, reponía el aceite y comprobaba el agua de las baterías. A veces le daban un real de propina; a veces, dos. Cuando se hizo mozo aprendió a reparar llantas, y un día "El Tuerto" le empezó a enseñar a manejar. Y una vez, cerca de Bambito, en unas curvas peligrosas que hay allí, Nicasio tuvo un accidente y se rompió una pierna. La chiva quedó pronto reparada; pero "El Tuerto" no podía manejar y en su casa hacía falta la plata. Pancho se encargó de los viajes. De Volcán a David todos los días, y cuando Nicasio se curó, pasados varios meses en el hospital y en casa, Pancho se empleó de chofer con los Llorens. Luego, le dieron el camión grande cerrado para traer a Panamá café, arroz y otras cosas y llevar algunas máquinas, hojas de zinc, rollos de

alambre, sogas, medicinas y pinturas. Y así, varios meses. Más de un año. A Pancho le gustaba comer en un pequeño restaurante de un italiano, el "Cápua", por los macarrones con codillo y la sopa de patas y la cerveza fría, y allí conoció a Johnson, el dueño del taller de carros. Un día, a Pancho le chocaron el camión. Venía de David y era de noche. Cerca de Capira, un "comando" de la Zona lo embistió de lado. Llovía y se mojó la carga que era arroz. Cuando pudo llegar a Panamá, el yerno de los Llorens, un blanco malcriado, le regañó con insultos. Pancho se calló, aún sabiéndose sin culpa, y dejó el empleo entonces mismo. Cuando le pidió trabajo al viejo Johnson, se lo dió en seguida. Y una tarde vió a Delfina por primera vez. Alta, delgadita, con sus senos erguidos unos ojos grandes y una boca linda. Delfina tenía un hijo y lavaba ropa en Bellavista. El encuentro inicial se repitió, y pronto Delfina dejó el empleo de lavandera y dejó también al policía que la enamoraba. Ahora vivía con Pancho y con su hijito Yeyo en una de las calles del barrio del Marañón. Lavaba en la casa; mejor dicho, en la acera, en unos baldes muy grandes que tenía que poner encima de cajones. Cocinaba adentro en una estufa de kerosín de dos quemadores y vivían contentos.

Pero Delfina estaba enferma; muy enferma, y el amor la aniquiló. Sobre todo aquel mal parto, en que perdió tanta sangre, la dejó más débil todavía. Tenía mucha fiebre y mucha tos. Se levantaba; se volvía a acostar. Una noche empezó a echar sangre por la boca. A la luz amarillenta del bombillo, Delfina parecía un cadáver ya. Sólo los ojos, tan grandes y brillantes, vivían intensamente. Casi sin voz, afónica, Delfina miraba con gesto de angustia la sangre en el petate y miraba después a Pancho; y a Yeyo, que jugaba indiferente a todo, relamiendo una cuchara. Pancho llevó a Delfina al hospital y pocos días después, murió. Se la enseñaron rígida, esquelética, con un color como de paja seca, en la nevera de la morgue. María del Carmen, la vecina, les había dado de comer mientras Delfina estuvo enferma, y siguió haciéndolo después. Pancho le pagaba seis pesos todos los sábados. Para el arroz, la yuca, el tasajo y el café por la mañana y la avena del chiquillo. Pero la pena pasa pronto, sobre todo con los tragos, y Pancho tomaba. Jugaba dominó y bebía. Y un día de Carnaval vió a Rosa en un toldo. La vió reír y acomodarse el pelo. Tenía hermosos dientes y un cabello muy bonito. La piel, así como café con leche, suave y fina. Breve la cintura, las caderas firmes y

robustas. Bailaba muy bien y se reía. Estaba sana y era joven. Le dijo que vivía con una tía que tenía una tienda en el Chorrillo. Rosa era de La Chorrera. El rancho de los viejos se alzaba allá en los llanos de la Mitra, muy cerca del pueblo. Rosa era muy bonita y estaba sin marido. Muy pronto se arreglaron, pero Pancho quería cambiar de cuarto. Fué Lou, el jamaicano, compañero en el taller de carros, quien le dijo que había uno desocupado en la misma casa en que él vivía. Pancho habló con Don Jacinto, el administrador. Doce balboas; dos meses adelantados, y esas cosas. Hace ya cinco años que viven allí. Pero, luego Johnson se enfermó del hígado y vendió el taller. Con el nuevo dueño quedaron sólo trabajando Lou y un muchacho que le ayuda en la pintura de los carros y en el trabajo de poner fundas a los asientos, porque el comprador tenía ya sus empleados. Fué entonces cuando Pancho estuvo sin trabajo varios días, hasta que alquiló la chiva del hindú. Cuatro balboas cada día. Y la gasolina y el aceite y las llantas y las reparaciones todas. Ochenta pasajeros; ochenta reales que tienen que ir íntegramente a manos del culí. Y treinta más para los gastos, cuando menos. Gasolina, aceite... ya se sabe. Y, después, para la casa. Medicinas, chances y comida. Me-

nos mal que Yeyo ayuda... Yeyo, Delfina, Rosa... el choque del camión de los Llorens... Johnson, el jamaicano... el cuarto del Marañón... Don Jacinto... los granos de la niña. Todos los recuerdos juntos, en montón, con un fondo de lluvias torrenciales, de patios anegados, de ropa sucia; gritos, llantos, discusiones; o un sol cegador que rebota en las esquinas, en los parabrisas, en el cromo de los carros y en los rostros esmaltados de sudor.

* *

La chiva de Pancho penetra en Calidonia por una calle lateral. Carretillas, y más carretillas. Chivas en fila, detenidas por la congestión del tránsito. Allá, al frente, un guardia gesticula y hace sonar el silbato en un esfuerzo inútil. Se avanza un poco, y otro poco. Vienen los grandes autobuses; los azules, los verdes, los rojos y otra vez los verdes. Y más chivas detrás, y más carretillas colmadas de fruta, de aguacates, de piñas, de naranjas... Al fin, se puede llegar hasta el relleno y seguir más aprisa.

—Parada.

Frente al muelle inglés se bajan los últimos pasajeros. Celso sigue hasta el Mercado.

—Bueno, viejo...

—Adiós, pues.

Pancho vuelve a contar el dinero. Setenta y cuatro reales. Setenta y cuatro reales, nada más. No alcanza para el hindú, siquiera. Y es casi medio día. Cada vez hay más chivas y la gente viaja menos. Tres balboas con setenta, y el tanque por la mitad. Bueno... Pancho decide ir a comer a casa. Si comiera por aquí, por el Mercado, le costaría un peso, lo menos. Y quiere descansar un rato, y ver a Rosa. Tres setenta.

* * *

La chiva se detiene al borde de la acera. El camión verde del hielo acaba de descargar y sigue lentamente con varios niños detrás que se arrebatan los pedazos que caen al suelo al partir con el punzón los bloques grandes. A la entrada del callejón está Chana de tertulia con dos viejas de la vecindad.

—Desde que tuvo aquellas fiebres, está así...

—... y si encontrara marido, se componía, porque...

Subiendo la escalera, se encuentra con Yeyo.

—¿Cuántos vendiste hoy...?

—Treinta.

—¿Le diste la plata a Rosa?

—Sí.

—Toma. Vete a buscar un real de hielo, y pónlo en la jarra.

Pancho se dirige a un lavadero que hay cerca de la regadera y se remoja la cabeza. Busca en el cuarto una toalla sin hallarla y se dirige a Rosa.

—¿Con qué me limpio?

—Con lo que quieras.

—No hay toalla.

—No secó la ropa. ¿No ves que llovió?

Pancho usa su pañuelo, aunque está mojado de sudor.

—¿Y la comida?

—Va estando.

Llega Yeyo con el hielo, y, diligente, prepara el agua fría. Pancho bebe varios vasos y se sirve más.

—Voy a ir a la escuela.

—¿Cuándo?

—Desde mañana... La maestra ya me matriculó.

Pancho aprueba.

—Bien hecho.

Se dirige a Rosa para explicaciones.

—¿Lo llevaste tú?

Rosa continúa sofocada por la estufa y por el calor del patio, por el llanto de la niña, que ahora duerme, porque el chiquillo se atoró con un papel, y por el ataque de la loca.

—No. Yo no sé qué cuento es ese de la escuela. No hace más que hablar de eso.

Rosa quería ser maestra y ahora le molestan las escuelas. Le molestan porque allí hay maestras; muchachas que lograron algo que ella no pudo conseguir. Rosa no tiene ambiciones grandes. Nunca piensa que podría salir de allí, vivir en una casa entera o tener, para cocinar, una estufa de gas. No piensa en tales cosas, porque sería tonto pensar. Ni siquiera cuando ve alguna película. Pero estuvo en la Normal y anduvo de uniforme. Era igual a las demás alumnas. El mismo cuarto, un puesto en el comedor y otro en el salón de clases. Sí. Podía

haber sido maestra. Pero, en aquellas vacaciones... Todo fué en Puerto Caimito, allí, entre las palmeras... Y... ya no pudo ser...

—Toma.

En un plato de aluminio sirve Rosa la comida. El arroz está aún un poco duro y Pancho lo comenta. Rosa se justifica mientras se dirige al cuarto en busca de un pedazo de cartón, que usa como abanico.

—¿No tenías tanto apuro?

Pancho come silencioso y Yeyo le acompaña. Ahora, Rosa tiene que lavar los platos y las ollas, retirar la estufa para el cuarto, y luego lavar ropa. Más tarde tendrá que coser algo. Lo de siempre. Pegar unos botones, zurzir unas camisas y poner remiendos a otras prendas. Hay varias medias de Pancho con agujeros; pero, por ahora, puede andar sin ellas. Luego, tendrá que cocinar de nuevo. Y, si tiene tiempo, podrá salir hasta la calle un rato. Un rato nada más, porque hay que acostarse temprano. Los niños despiertan en seguida, y hay que bañarse, preparar la avena... el café; lo de siempre.

—¡Yeyo! Hay que traer avena. ¡Acuérdate!

—Bueno, pues.

Y, después del desayuno, seguir el trajín. Volver a lavar ropa, bañar a los niños. ¿De qué serán esos nacidos que le han salido a la chiquilla en la barriga y en las piernas? Si sigue así habrá que llevarla al Dispensario, porque la pomada que le vendió el boticario no sirve de nada... Y volver a coser, y hacer el arroz, la yuca, el plátano y el tasajo, si se ha podido comprar carne. ¿Qué darán en el "Hispano"? No importa. No puede ir. Sólo a la calle, un ratito; a la calle para ver qué dice Carmen... Si el domingo salieran los chances... Si salieran el noventa y dos, o el doce... Esos ataques de Elvia... Está peor... ¡Pobre! No se atreve a salir. Hace bien... Podría darle en la calle... Si el domingo jugaran los chances, podría pagar los dos meses de renta, pagar la Fuerza y Luz y comprarse aquel vestido, y los zapatos de charol y una peinilla. Una peinilla que no estuviera rota, y el espejo que vió en el "cinco y diez". Si salieran los chances...

Rosa ha visto el sorteo una sola vez, hace mucho tiempo. Vió a unos hombres en el quiosco; unos hombres vestidos de blanco que daban vueltas a un manubrio. También daba vueltas una gran jaula redonda con unas bolas

blancas que saltaban dentro. Después, una niña sacaba una bola; un señor de blanco la partía por la mitad, como si fuera un huevo, y cantaba un número. Un número que mostraba a toda la gente con aire de prestidigitador. Después, se repetía la escena y los números se iban apuntando en una pizarra y los colgaban en un sitio alto. Y así, tres veces. Los tres premios. Rosa había visto eso una vez. Y pudo advertir que nadie puso cara alegre; que todos los que miraban el sorteo rompían en pedacitos los billetes que tenían. La gente se marchaba pronto y la plaza se quedaba sola y triste con el suelo lleno de menudas esperanzas rotas. Por eso Rosa no volvió. Ya casi lo ha olvidado, pues nunca piensa en ello, aunque piensa mucho en la lotería, como todo el mundo aquí, en la calle; hasta las gringas que siempre compran, al pasar, algún pedazo. Ahora, la lotería no es más que una voz en la radio; en la radio de "La Pichona", que es la única que tiene un aparato en toda la casa. Un aparato grande y viejo que está encima de una repisa adornada con un tapetito de color azul. Todos los domingos, a las once, se reúnen los vecinos en el cuarto de "La Pichona". Los que no caben se quedan por allí cerca, para oír. Y siem-

pre se marchan lo mismo; murmurando comentarios y tratando de encontrar explicación a su falta de suerte. Rosa escucha siempre. No necesita tener apuntados los números que juega, pues siempre son pocos y los sabe de memoria. Y nunca salen. Una vez, sí. Una vez se ganó dos balboas con un chance que salió tercero. Dos balboas. La semana siguiente llegó a comprar cinco pedazos, porque tenía una corazonada firme. Y, nada; claro. Lo de siempre. ¿Quién ganará la lotería? Para Rosa, eso ya no es más que una voz. Una voz que no sabe de quién es, que va diciendo muy despacio los números que salen. Primero, uno. Luego, anuncios, comentarios de diversas cosas. Después, el otro número. Rosa casi no los oye, porque a ella le interesan solamente los dos del final. No compra billetes, sino chances. Por eso le interesan las dos cifras finales, y aquella voz siempre canta al terminar unos números muy raros. Veinticuatro; cincuenta y dos; setenta y siete; cero uno. ¿A quién se le ocurre? Para Rosa, siempre salen números extraños. Luego, la voz termina despidiéndose; pero ya nadie escucha, pues los comentarios empezaron. Sin embargo, siempre se espera el domingo con una ilusión fresca, como si fuera la primera

vez que se juega lotería en el mundo y el propio Dios se dispusiera a repartir riquezas a los pobres...

—Que Don Bosco ha dado plata en pila...

—Eso es la Biblia...

—Hay que tener fe...

Si salieran los chances el domingo, tal vez Rosa se decidiría a comprar unos billetes. Uno, o dos. Y, entonces, Pancho podría tener su propia chiva. Una chiva nueva y no tendría que darle a ese culí todo lo que gana...

—¿Qué...?

Rosa se vuelve en un brusco regreso de sus meditaciones tontas. Carmen, "La Pichona", llega haciendo morisquetas.

—Sólo quería pedirte que me prestaras un poco de azúcar. Tengo que hacer un té con unas hojas de naranjo y... otras cosas...

—¿Cómo no, Carmen?

A Rosa le gusta hacer a "La Pichona" estos favores. Porque la deja oír radio los domingos y, a veces, por la tarde, o por la noche, cuando hay una novela de esas, buena. Y, so-

bre todo, porque Carmen le devuelve pronto lo que pide, y porque siempre le devuelve más. A veces, más del doble. Entonces discuten un poco.

—Carmen; pero, si yo no le di tanto...

—Vaya, pues... Como si me fuera a volver pobre por eso... Déjate de cosas. Oye-me, ve...

Y el diálogo se anuda por varios minutos.

Sin que esté seguro del motivo, Pancho siente honda aversión por "La Pichona". No sabe por qué. Nunca pensó en ello. Tal vez si pensara, tampoco lo sabría. No le gusta verla por el cuarto, ni le gusta que Rosa la visite. Carmen lo percibe; pero es cínica y no le importa. Si puede, elude a Pancho, pues prefiere visitar a Rosa sola. Pero esta vez se cruzaron en la escalera. Pancho no la saludó, ni dijo nada. No le gusta "La Pichona" y no le gusta que ande por su cuarto, ni cerca de Rosa; pero nada dice. No sabría decirlo con buenas palabras y no sabría explicarlo a Rosa, si se le ocurría preguntar por qué. Por eso se calla, comprimiendo el gesto.

Yeyo baja satisfecho al lado de Pancho y ambos llegan a la calle. Yeyo piensa en la

maestra y en la escuela y en el nuevo nombre que ahora tiene. A Rosa no pudo decírselo, porque tuvo que comprar manteca. Pero Pancho debe saberlo.

—Pancho...

—¿Qué hubo...?

—Voy a ir a la escuela...

—Sí; ya sé. Rosa me dijo.

Pancho se acuerda de que Yeyo es buena ayuda y un niño obediente, callado y respetuoso, como debe ser. Pancho piensa también que Yeyo, vendiendo periódicos, hay algunos días que gana más que él. Más que él, después de los cuatro balboas que hay que darle al indio. Pancho quiere que Yeyo vaya, por fin, a esa escuela, que aprenda muchas cosas, y que cuando sea mayor no tenga que vender periódicos, ni limpiar zapatos, ni empujar carretillas, ni manejar chivas de hindúes, aunque eso de vender periódicos no es malo del todo. Se gana bastante; sobre todo, para un niño. Pero, Pancho se acuerda también de "La Pichona" a la que acaba de ver subir las escaleras, y algo se le aprieta adentro; algo se endurece. La voz del niño le distrae de sus turbios pensamientos.

—Voy a ir desde mañana.

—Está muy bien eso. Me alegro. Estudia; estudia mucho, Yeyo...

El niño sonríe con la sorpresa guardada. Tiene ganas de decirlo, para que Pancho lo sepa.

—Me llamo Ignacio. Ignacio Jiménez.

Pancho se detiene al lado de la chiva.

—¿Ignacio...? ¿Jiménez...? ¿Cómo es eso...? ¿De dónde lo sacaste... ?

—La maestra me dijo...

—¿La maestra...? ¿Ella sabe...?

—Ella me dijo... Me preguntó si me gustaba el nombre. Ella se llama Jiménez.

—¿Quién es esa maestra...?

—La maestra, pues... la de aquí al lado... La de la escuela que queda ahí...

—¡Ah! Ya sé... ¿La Directora?

Yeyo no sabe qué es eso; no entiende la pregunta y vuelve con su tema.

—Es la maestra.

Pancho se sube a la chiva.

—Que mañana vaya Rosa a hablar con la maestra. Que no crea que andas solo y que vives por ahí.

—Ya yo le dije... ya le dije que yo vivía aquí... con ustedes. Ya ella sabe...

A Yeyo le gustaría que Rosa fuera a ver a la maestra, aunque teme un poco que ellas habien y que todo quede en nada; en que no pueda ir a la escuela por falta de ropa, o por algo así.

La chiva de Pancho tarda un poco en arrancar. Es la batería. Las baterías de las chivas se gastan muy pronto. Se anda mucho en la noche y, por la ciudad, despacio. Hay que llevarlas al taller donde trabaja Lou, o comprar una nueva. Pero, una batería nueva, cuesta... Pancho se desvía del pensamiento de una batería nueva y diluye por la calle su atención. Allí está la calle; oscura, como siempre, aunque el sol está en lo alto. Oscuras las fachadas, pintadas así; oscuro el pavimento; oscuras las carretillas y el carbón que llevan dentro; oscuras las desnudas barrigas de los niños que juegan en las aceras. Sólo el cielo es claro; luminoso, alegre; pero un chivero no tiene tiempo de mirar arriba. Adelante, nada más, y hacia los la-

dos, donde puede haber algún cliente. Allí está la calle con su gente de siempre. Ya cerca de la esquina, el griego con sus frutas en el carretón inmóvil y un poco más allá el quiosco del cojo Mendizábal; Tomasa y las demás mujeres, sentadas en la acera con sus chances y billetes, y sus chácaras o sus bolsas de cuero.

Pancho se detiene en la bocacalle. Un mozalbete de cráneo rapado y abultada bemba, muy alto y huesudo, vocifera y gesticula frente a una mujer de pelo cano que, agitada por la risa, destaca blanca dentadura falsa en la tiniebla del rostro.

—Negro tenías que ser, para venir con tu bulla.

Todas las mujeres ríen en tanto que el mozo se aleja a zancadas.

Yeyo no se olvida de la avena que tiene que comprar. Sabe que hace falta; pero no le dieron plata y ya antes pidió fiada la manteca. Podría ir a la otra tienda, a la grande, pero antes quiere pasar por la escuela. Quiere ver a la maestra; quiere ver si le dice, de nuevo, que vaya a clase al día siguiente.

—¡Tira!

Una pelota de trapo ha caído junto a Yeyo. Con el pensamiento puesto en la maestra la recoge y, vacilante, busca el sitio de la voz. Hay un niño con un palo, que utiliza para batear, y otros a su alrededor.

—¡Tira, pues! ¡No te aleles!

Yeyo lanza la pelota en dirección al bate y el muchacho marra. Fué un “strike”. Uno de los jardineros se entusiasma y propone incorporarlo al grupo.

—¿Quieres jugar?

—Después. Ya vengo.

Yeyo quiere ir hasta la escuela a ver si todo sigue igual. Si están allí los dibujos y si la maestra está en la puerta. Además, el correr le fatiga. Nunca ha dicho nada a nadie, porque nadie le pregunta; pero cuando juega al base siente que le falta el aire; que la boca se le seca y que en la garganta le da tos. Luego, a veces, las piernas le tiemblan y siente un gran cansancio y, como sueño. Y ganas de acostarse, de cerrar los ojos y de quedarse así.

—Anda, juega.

—No. Después. Voy a un mandado.

Allí está la escuela. Con su fachada de madera vieja pintada de rojo desteñido; sus puertas abiertas y las cartulinas a través del pasillo. No hay nadie por allí. Sólo las chivas y los autobuses y la gente que pasa. Gente; mucha gente. Mujeres gordas desgredadas arrastrando las chinelas; mujeres jóvenes, esbeltas, con andar ligero y senos erectos; hombres; viejos, niños; negros y más negros; gringos; chombos; el camión del hielo que sigue dando vueltas por el barrio, y un entierro pobre de carroza gris. Pero no está la maestra.

—¿Qué hubo, Yeyo?

Una cara femenina, muy pintada y alegre, le sonrfe. Es Herminia, la hija de Tomasa. Herminia tiene un lunarcito cerca de la boca y unos ojos claros muy risueños. Unas cejas muy delgadas y una boca grande, muy pintada siempre. Los tacones altos y la falda azul, apretada a las caderas, y una blusa blanca, transparente, por la que se insinúan las cintas de las hombreras.

—¿Viste a mi mamá? ¿Estará allá todavía?

—Sí, estaba.

Los hombres que no tienen mucha prisa, o que no andan preocupados, suelen seguir con

los ojos el andar de Herminia. Tiene el cabello castaño, casi rubio, largo y ondulado, los hombros muy rectos, y las piernas largas. Vende rifas casi siempre, y también seguros. Gana buena comisión. El señor Metall fué quien inició a Herminia en el negocio. El señor Metall es un hombre rico. Tiene muchas casas y muchos terrenos, abundante participación en varias sociedades y plata en los bancos. Un día conoció a Herminia y le gustó. Le pareció lista y simpática. Sabía vender cosas, sonriéndole al cliente; dejándole sentir su aroma de hembra joven y riéndose con optimismo. A veces tiene sus fracasos, porque hay hombres que no ponen atención a su sonrisa, a sus caderas ni a su desarrollado busto. Pero Herminia está contenta, aunque vive con su madre y sus hermanos en un apartamento pobre, porque tiene ya plata guardada.

—¿La viste ahorita?

—Sí. Ahí estaba.

Herminia va a buscar a su mamá para tranquilizarla, pues hace dos días que se fue a La Venta con unos amigos y acaba de llegar. Tomasa no suele inquietarse ya por estas cosas, porque tiene mucha fe en su hija. Herminia

es muy viva y sabe cuidarse. Buena ropa, buen calzado y muchas cosas del Comisariato. En casa de Herminia hay una refrigeradora nueva y una estufa de gas con horno. Y buenas camas, con colchones y hasta dos ventiladores grandes en la sala. Y en la alacena, muchas cosas. Latas, hasta de jamón y todo. Y Tomasa gana poco. Los billetes que vende no son de ella. En la Lotería no le dan. Son de una señora blanca que tiene influencia. De una señora que saca varias sábanas y que tiene vendedoras por ahí, porque, claro está, ella no se va a poner en eso. Tomasa gana poco. Cuando más, unos diez o doce pesos por semana. Y con eso nada más no podrían vivir, porque Tomasa es viuda. A Herminia la tuvo con un español rubio que andaba navegando, a veces, y luego se casó con un puertorriqueño que murió de pulmonía en el Gorgas. Herminia era entonces una niña, muy bonita ya, pero pequeña, y tenía, además, otros tres hijos. La suerte fué que el mismo dueño de la casa la ayudó, porque Tomasa estaba fresca todavía al enviudar y suerte también que, después, la señora de la Lotería le empezara a dar unos billetes, para ver. Tomasa está contenta y es feliz. Herminia tiene buenas relaciones, incluso

en la Zona, hasta con algunos oficiales, y los chicos todos están en la escuela. El mayor ya va al Artes y Oficios.

La mancha tricolor de Herminia —cabello, falda y blusa— se ha perdido ya al doblar la esquina. Yeyo vuelve a quedar solo, porque la maestra no aparece. Parado al lado de la escuela, Yeyo mira a todas partes anhelante. La maestra debe estar adentro; debe estar escribiendo sentada a la mesa con aquella pluma que le mancha los dedos. ¿Escribiendo qué? Las maestras siempre escriben.

El chirrido de unos frenos y el golpe duro de dos carros, conmueve por un instante aquel tramo de calle. Hay unos guardafangos abollados y los vidrios de un farol esparcidos por el suelo. En torno al accidente se congregan los curiosos y Yeyo se aproxima. Un guardia sudoroso, floja la corbata, la gorra hacia atrás, se acerca autoritario.

—Váyanse... Caminen... Aquí no hacen nada.

Frente a frente, los dos conductores ensayan las inculpaciones.

RENATO OZORES

—No diga eso... ¿No vió la carretilla? Tenía que desviarme, pues...

El calor molesta al guardia y la gente aglomerada, más.

—Sigán su camino. No ha pasado nada.

Otros guardias se aproximan y crece el peso de la autoridad. Yeyo piensa otra vez en la avena y en los niños de la calle que juegan al base.

Yeyo va a buscar la avena. La pedirá fiada, como la manteca, y la llevará en seguida para que Rosa no regañe, porque Rosa hoy está de mal humor. Al entrar en la tienda, tropieza con la maestra. Primero ve aquellos zapatos blancos y el vestido blanco y los dedos con tinta que sujetan una lata de jugo de durazno, y luego, el rostro conocido. Un rostro serio, por el tropezón, que en seguida se afloja en la sonrisa.

—¡Maestra...!

—¿Eres tú...?

Yeyo espera un momento. Le ha gustado ser reconocido; pero espera algo más. Espera

que le diga algo de la escuela; espera, tal vez, que le acaricie la cabeza, como había hecho antes; pero la maestra parece preocupada. Solamente le sonríe y se va con ligereza porque tiene prisa. Hace pocos días que vive en el barrio, elegido porque queda cerca de la escuela, y tiene mucho que hacer en la casa.

—¿Tú...? ¿Qué quieres?

—Avena... Dice mi mamá...

—¿Traes la plata...?

El dueño de la tienda, acodado sobre el mostrador, lee "La Hora" con una parte de atención colocada en el negocio.

—Dásela; no importa.

Yeyo sale velozmente, sortea una bicicleta, que está a punto de atropellarle y sube la escalera a saltos. Por querer ver la escuela y a la maestra otra vez, no ha ido a vender "La Hora". De haber ido, hubiera podido pagar la avena, que cuesta seis reales.

Rosa friega en un platón de agua muy sucia. Parte del cabello se le ha pegado al rostro, mojado de sudor, y el gesto de contrariedad

parece más acentuado. Carmen, "La Pichona", en una desvencijada mecedora, fuma y se balancea con los ojos entornados, como si dormitara. Se acerca la hora de la siesta, que "La Pichona" duerme siempre.

—Aquí está la avena.

—Ponla ahí. ¿La pagaste?

—No.

—Está bien, pues.

Yeyo retorna a la calle. La maestra debe vivir cerca; pero ya no importa. La verá por la mañana. Ahora, ya puede jugar. Al correr para llevar la avena, volvió a sentir en la garganta y en el pecho aquella sensación de ahogo, de fatiga; pero se alivió en seguida. Jugará de jardinero.

En la calle hay varios carros. El camión de las sodas, con su carga polícroma de verdes, rojos y naranjas, ocupa mucho espacio. Pero siempre hay sitio bastante para los muchachos que quieren jugar. La pelota, lanzada con violencia, hace sonar una lata que anuncia cigarrillos.

Por la tarde Yeyo va a buscar "El Panamá América". Lucha, el "Cabezón" le dió varios "Países" y Mito le cambió cinco "Naciones". Cuando regresa a casa, por la noche, Chon sigue trabajando. Víctor ha lavado varios carros, y ahora discute política sentado junto a sus cajas de fruta. En la calle lloran varios niños. Rosa está oyendo la novela en el cuarto de Carmen.

Al día siguiente, Yeyo va a la escuela por primera vez.

